

JUAN DE CORDOBA

Estampas y Reportajes e Retaguardia

PRÓLOGO DE JUAN PUJOL

EDICIONES ESPAÑOLAS, S. A.
SEVILLA

ESTAMPAS Y REPORTAJES
DE RETAGUARDIA

17

JUAN DE CORDOBA

ESTAMPAS
Y REPORTAJES
DE
RETAGUARDIA

Prólogo de Juan Pujol

EDICIONES ESPAÑOLAS, S. A. - SEVILLA

forémariabazar

PROLOG

Va el lector a saborear seguidamente—después de este breve y seguramente inútil prólogo—el libro admirable de interés, de amenidad, de vida en suma, que el gran periodista ahora oculto bajo el pseudónimo de Juan de Córdoba, le ofrece. Libro de reportajes, como en el lenguaje periodístico solíamos decir y el público repite a veces con cierto desdén benévolos. Libro de reportajes, en efecto en el que se han recogido momentos culminantes del drama de la España contemporánea en que nos ha tocado ser actores. Pero reportajes que ya son historia e historia auténtica, escrita sobre la existencia misma y cuando aún perduraba el calor de las pasiones y el de la sangre vertida. Historia cuyo autor ha estado mezclado directamente en los episodios que narra. Y que por eso mismo, compuesta al parecer para la transitoriedad de los periódicos diarios quedará con valor permanente, como documento de consulta indispensable cuando, al co-

ALDUS, S. A. de Artes Gráficas - Santand



rrer de los años, los investigadores afanosos de saber lo que aquí y ahora pasó, busquen la verdad en sus fuentes mismas, esquivando los perifollos y volutas retóricas con que suele adornarse y marchitarse en la Historia grande, ya compuesta a distancia y en frío, en esa lejanía en que de la realidad trágica, del amor y del dolor en que se consumió un gran pueblo, ya no quedan más que cenizas, ecos y melancolías.

* * *

No es augurio: es certidumbre que tengo de que somos nosotros, los periodistas, que hemos recogido en fragmentos la realidad terrible de estos años, quienes dejaremos a la posteridad mayor suma de elementos de juicio para conocer los orígenes y el desarrollo de esta tragedia sin precedentes. Con más arrogancia o quizás con más anhelo de perfección se emprenderán obras en que trate de abarcarse su conjunto. No es probable que tengan la frescura, el sabor de realidad, el valor de veracidad de estas visiones parciales en que se narran hechos directamente percibidos, y que serán para reconstruir en su totalidad lo ocurrido, lo que han sido para nosotros ciertos epistolarios de otro tiempo. Que eso son, al cabo, nuestros artículos y reportajes: epístolas dirigidas no a uno sino a los muchos amigos desconocidos que constituyen nuestro público. Y que por lo mismo suelen estar escritas sin énfasis, engolamientos ni hermetismos retóricos; con senci-

llez que hace ligera su lectura, pero que engaña respecto de la facilidad de escribirlas. Por que Juan de Córdoba es tan excelente periodista, es decir, tan excelente escritor, su prosa recuerda siempre el consejo de Cervantes: huye de toda afectación, hasta para narrar sucesos junto a los que resultan empequeñecidos aun los más famosos del pasado clásico. Y sin embargo hay algo en ella, un cuidado del matiz, una medida, un instintivo acierto en la elección del tono y del vocabulario, que la hacen ceñirse a la emoción, al horror, a la ternura y a la exaltación de ciertos hechos, como esas telas finas y transparentes que visten y delinean los cuerpos, pero que no los deforman.

* * *

Muchos años ha ejercido el periodismo en el mejor diario de Madrid, Juan de Córdoba. Ha logrado así—sobre la base de una vocación que ya constituye garantía de aptitud—una maestría que no era infrecuente en las redacciones madrileñas donde tanto talento se dispersó en la labor anónima y cotidiana. Tenía la cultura que se adquiere en los libros; su oficio le procuró la que da el trato de los hombres, y no era insignificante el que la vida política y literaria de Madrid proporcionaba, limando aristas, abriendo los ojos a la comprensión del alma humana que tantos ejemplares diversos e interesantes ofrecía, dando ocasiones para ejercitarse la discreción o despeñarse por las mil vertientes a que la va-

nidad podía ladearnos. Y cuando un escritor, en aquel medio lleno de emboscadas y sorpresas sabía desenvolverse sin tropiezos y sin que le fallara la probidad ni le empequeñecieran las tentaciones, bien podía decirse que tenía una personalidad dura y limpida. Aunque a veces la modestia, y acaso cierto desdén que a uno le imbúía la posesión del secreto y el poder de crear la fama ajena, acabaran por quitarle todas las vanidades, empezando por la vanidad literaria. Parece inverosímil, pero es lo cierto que cuando nos enterábamos —y nos enterábamos pronto—de que la notoriedad era una cuestión de titulares, se nos pasaba la ambición de lograr la que se consagra y se marchita en un día y se refleja en las páginas de los diarios. La gloria lejana, esa ilusoria supervivencia que no nos pueden otorgar ni quitar nuestros contemporáneos, porque la confiere la posteridad, ya es otra cosa. Pero a ella ¿cómo aspirar si nuestra tarea empezaba y concluía en la jornada misma, discutida y olvidada cuando todavía no se había secado la tinta de la imprenta?

* * *

En Juan de Córdoba—como en Julio Romero, en Antonio Heredero, en Francisco Casares, en tantos otros periodistas ilustres salvados de la horda y desgraciadamente víctimas de ella—se da esta manera de aristocracia del espíritu hecha de inteligencia fina, de cortesía, que ya tenían originariamente y además les aumentó el trato con gentes diversas

y, en ocasiones, eminentes. Muchas veces tuvieron en sus manos secretos que era una tentación revelar y supieron callarlos; mil veces guardaron a presuntos grandes hombres el secreto de su ineptitud, de sus vacilaciones, de sus tropiezos. La cercanía de sujetos famosos y el conocimiento de sus flaquezas les han dado indulgencia que se ejerce fácilmente respecto de gentes más opacas. Para mí, conversar con estos hombres que han andado entre los bastidores madrileños de la vida pública española de estos últimos años, es siempre una fiesta intelectual. Y este libro demuestra que nada perdió su sensibilidad en aquel medio corrosivo. Se había, al contrario, hecho más viva. Ante las enormidades que vió y los episodios de inaudita grandeza o vileza que narra, el autor habla ya sin pretensión ninguna, como para el porvenir, con un tono y un equilibrio que no merman lo más mínimo su sentido de la justicia, pero que dejan más desnudos los hechos, sin indignaciones ni comentarios superfluos.

* * *

En esta actitud del escritor que se conforma con serlo y no busca convertir la pluma en medio de escalar otras posiciones, está el secreto del acierto y de la maestría profesional. Hay gentes para las que el periodismo es un medio, un camino de tránsito. Y otras para quienes constituye un fin en sí mismo—bien que subordinado a supremos intereses

nacionales— y hace del trabajo que se le consagra un placer. Colocarse voluntariamente en espectador que observa y que narra, y sólo es actor de la vida pública en la medida en que ha de serlo como simple ciudadano, implica una conformidad con el propio oficio que no estaría mal imitar en todas las profesiones. Se acaba así por lograr aquella técnica de que con razón se lisonjeaban en las suyas los artífices medioeves y es cosa distinta y distante del espíritu de improvisación, de arrojo, con que algunas gentes temerarias imaginan suplir la práctica, la cultura y la experiencia profesionales. No se suple la sabiduría con la insolencia. Y cuando se habla de sabiduría no se hace alusión tan solo a la libresca, apresuradamente adquirida y exhibida con jactancia cómica, sino a la de los sentimientos y las maneras, a la que la vida misma procura y se disuelve y se asimila por la conciencia. Al cabo de vivir allí donde en pugna constante se concentraban las corrientes superiores del pensamiento y de la vida española, de observarlas, de anotarlas, Juan de Córdoa había logrado y conserva la difícil facilidad de que este libro es muestra y ejemplo, esta objetividad de la prosa transparente y clara que recoge y reproduce como un espejo la realidad, y no en imágenes fugitivas, sino fijas, actuales y, sin embargo, ya destinadas al futuro...

Juan PUJOL.

San Sebastián, Otoño 1938.

ESTAMPAS

Cuando Dolores Ibárruri, «La Pasionaria», llegó al Congreso de los Diputados, la esperaba en la puerta de la calle de Floridablanca Indalecio Prieto, el graso plutócrata de Bilbao. Le ofreció su brazo y la llevó, ceremoniosamente, al Salón de Conferencias, donde estaban los diputados de la mayoría, presididos por Largo Caballero.

Dolores—vestido y guantes negros, y unas violetas sobre el corazón—entró con la vista baja, las manos cruzadas y el gesto y la actitud llenos de compostura. Prieto, enternecido, llamó a los camaradas de la tribuna de la Prensa, los reunió en su torno y les dijo:

«Esta que aquí veis es una mujer buena, fundamentalmente buena. Es el alma y el nervio de nuestra revolución, y como nuestra revolución no hemos de lograrla sin dolor, y ella se llama Dolores, bien podríamos llamarla «la Dolorosa», de hoy en adelante».